

Retiro espiritual

Un singular apostolado contemplativo

Contenido

Introducción

1. Varios ejemplos de un apostolado singular

Ejemplo 1

Ejemplo 2

Ejemplo 3

Ejemplo 4: un modelo evangélico

2. La intercesión en los evangelios y en los santos

3. El apostolado de la intercesión

4. El proceso de la intercesión

5. La necesidad de la fe para que Jesús realice milagros

Introducción

Antes de empezar, es necesario advertir que para entender adecuadamente el presente retiro y poder realizarlo con fruto es imprescindible tener en cuenta y haber hecho los retiros anteriores sobre [«La intercesión como misión del contemplativo»](#) y [«El realismo de la fe»](#).

Este retiro trata de una forma peculiar del apostolado contemplativo. Puede parecer un tema que, a simple vista, no reviste especial dificultad, puesto que el apostolado es algo muy conocido y valorado entre los cristianos. Y añadirle el aspecto de

«contemplativo» al apostolado puede entenderse fácilmente como una referencia a la importancia de la oración en el respaldo de la misión apostólica del cristiano.

Estamos muy lejos de entender la oración de intercesión cuando nos conformamos con el simple «rezaré por ti» al encontrarnos con algún problema, lo que se concreta en la recitación de alguna oración que nos hace pensar que hemos hecho una gran obra y nos permite desentendernos ya del asunto. Desde luego, el Señor no nos salvó de esa manera. Pudiendo salvarnos con un simple gesto, su intercesión le llevó a la encarnación, a la agonía de Getsemaní y a la muerte en cruz.

Por el contrario, vamos a proponer una forma de intercesión como apostolado contemplativo que, si es realmente evangélica - y así lo creemos-, es útil para toda la vida del cristiano y especialmente necesaria para responder a la crisis profunda que atraviesa nuestro mundo y la Iglesia. Evidentemente esto no supone que neguemos el valor que tiene orar por los demás elevando nuestras peticiones a Dios de forma espontánea o por medio de las oraciones principales de nuestra fe.

Siendo esto verdad, pretendemos ir mucho más lejos, abordando una realidad de enorme importancia y que, paradójicamente, resulta absolutamente desconocida para la casi totalidad de los cristianos. Es algo tan importante, singular y delicado que requiere de una metodología peculiar, precisamente la contraria al orden normal en que se desarrollaría la materia de cualquier otro retiro. Por eso, empezaremos por proponer unos ejemplos que nos acerquen al asunto que queremos abordar, veremos su correspondencia con la acción de Jesús en los evangelios, luego trataremos de explicar el funcionamiento de la gracia a través de la intercesión y, finalmente, repasaremos todos los textos evangélicos que nos muestran el modo que tiene Jesús de actuar en sus milagros.

1. Varios ejemplos de un apostolado singular

Ejemplo 1

El primer ejemplo es el caso real de una mujer de mediana edad, Pilar, que colaboraba activamente en su parroquia. Cuando tuvo ocasión le presentó al párroco a su marido, Felipe, un hombre que había abandonado hacía mucho tiempo toda práctica religiosa. El encuentro duró el breve tiempo necesario para intercambiar un saludo protocolario.

Sin embargo, el sacerdote -don Pablo- tuvo la impresión de que este hombre, aunque no fuera consciente de ello, tenía una especial necesidad de Dios. Y, a la vez, intuyó también que Dios estaba buscando el modo de conquistar su corazón. Él sabía que su esposa rezaba intensamente para que su marido pudiera hacer una buena confesión y se reincorporara, al menos, a la misa dominical.

Don Pablo intuyó que a Dios no le bastaba con los mínimos que pedía la esposa y aceptó esperar la profunda conversión de un alma que tenía que ser santa de verdad. Y se dispuso a conservar en su corazón la herida abierta de una transformación que Dios quería y que, a todas luces, parecía imposible. Renunciando, a la vez, a «rezar» por esta conversión, convencido del sinsentido que suponía orar para informar a Dios de una necesidad, como si él la desconociera, o para tratar de convencerle de que ayudara a esta persona, como si no fuera tan bueno como para ser el primero en querer su transformación. Además, temía que esa forma de orar podía servirle para cerrar la herida que se había abierto en su corazón y le impulsaba a colaborar en la santidad de ese hombre, casi desconocido.

Pasaron más de diez años sin que el sacerdote tuviera ningún contacto con Felipe, del que incluso estaba lejos físicamente porque le habían trasladado a otra parroquia. Por su esposa, con

la que seguía en contacto, sabía que continuaba enfrentado con la Iglesia y alejado de Dios. Un día recibió la llamada telefónica de Pilar, que le informó de que su marido estaba enfermo, sufriendo muchos dolores y molestias..., y se ofreció para pasarle el teléfono y que pudieran hablar. El hombre se mostró afable con el sacerdote y le dijo que la enfermedad le hacía ver las cosas de un modo distinto. Incluso le sugirió la posibilidad de que hablaran de las realidades verdaderamente importantes, tal como empezaba a verlas desde el sufrimiento propio de la enfermedad.

El sacerdote comprendió enseguida que se le ofrecía la ocasión providencial para visitar al enfermo y conversar con él, ahora que estaba más receptivo, e iniciar un proceso que le permitiera invitarle a realizar una buena confesión y regularizar su vida de fe, cumpliendo así lo que su mujer tanto había pedido a Dios.

Pero él no podía conformarse con menos que con una transformación que impulsara al enfermo directamente a la santidad. Y ese milagro sólo lo podía hacer el Señor; de modo que tenía que renunciar a hacer «su obra» de ayuda a Felipe, a la espera de que Dios hiciera la verdadera obra que realmente necesitaba. De modo que se ofreció a hablar con él cuando quisiera y se lo pidiera formalmente. En el fondo, don Pablo estaba convencido de que Felipe intuía, de algún modo, que tenía que hablar con él, pero no para otra cosa que para dar un giro radical a su vida.

Todavía pasaron dos años más sin tener noticias el uno del otro. Pero el sacerdote seguía esperando el milagro, y había dejado el asunto en manos de Dios. Y Dios se servía de este acto de fe para mantener esa herida abierta en el sacerdote y suscitar en el otro un anhelo invisible que hiciera posible el milagro. Un día nuestro hombre se armó de valor y telefoneó al sacerdote para proponerle un encuentro.

Llegado el momento, sentados los dos frente a frente, nuestro hombre se sintió obligado a exponer sinceramente su situación:

-Ante todo, tengo que decirle que no estoy de acuerdo con muchas cosas de la jerarquía de la Iglesia, que, además, creo que está llena de pecados...

-Bueno -le interrumpió el sacerdote-, si vamos a hablar de los pecados de la jerarquía, yo le podría informar de más cosas de las que usted me pueda contar. Pero estamos aquí para hablar de sus pecados y de qué piensa hacer con su vida.

Por lo que don Pablo conocía de su interlocutor, está respuesta le tendría que haber sonado como una bofetada en una soberbia que nunca se había doblegado ante nadie. Pero el sacerdote necesitaba realizar un «acto» real que demostrase que esperaba lo «más» y no se confirmaba con menos; para lo cual puso en riesgo el fruto de la entrevista, de modo que humanamente no tuviera salida y exigiera de Dios el milagro. Y el milagro llegó en forma del primer acto de humildad que, quizá, aquel hombre había hecho en su vida:

-Tiene razón, creo que hay que empezar por lo verdaderamente importante...

Y a los pocos días, su esposa decía al párroco:

-Estoy asombrada del progreso de mi marido. Llevo muchos años pidiéndole a Dios que le mueva a hacer una buena confesión y que empiece a ir a misa los domingos y, en muy poco tiempo, no sólo me ha sobrepasado, sino que se está convirtiendo en un modelo de santidad para mí.

Ejemplo 2

Otro caso real. Se trata de un joven matrimonio, sin grandes recursos, que se siente movido a adoptar a un niño -Luis- con serias deficiencias psicológicas y con un comportamiento difícil. A pesar de ser una familia numerosa, que apenas cabe en la casa y con multitud de problemas, hay una razón para plantearse esta adopción: se trata de un niño ya crecido, de nueve años, bastante difícil y al que nadie quiere adoptar; pero, sobre todo, que no está bautizado. Perciben que ellos deben ser los instrumentos para que

este niño, que carece de todo, tenga el bien mayor que existe, que es ser hijo de Dios, y, además, reciba todo el amor que ellos pueden darle.

Después de no pocas dificultades, se formaliza la adopción y Luis empieza a prepararse para recibir el bautismo y la primera comunión. Día a día se va ilusionando más y más con la idea de ser cristiano y desea con fuerza el bautismo. Después de varios años de formación parece que todo va bien, incluso el niño mejora en su carácter y en el trato. Pero unos meses antes de la fecha prevista para la celebración del bautismo de Luis, la madre biológica del niño hace su aparición en la vida del pequeño y le prohíbe bautizarse. Además, llevada de su delirio de reconstruir la familia, implica a su hijo en un proyecto imposible, que desestabiliza absolutamente la delicada psicología del pequeño. El grave riesgo que supone todo esto para la salud del niño, los conflictos en casa, en el colegio y en la catequesis hacen absolutamente imposible que se lleve a cabo el bautismo.

A pesar de todos los esfuerzos y la paciencia de los padres adoptivos, la situación se agrava de tal modo que parece que no queda más remedio que renunciar a todo y dejar que se hagan cargo del niño las instituciones de protección de menores.

Y así, llega el momento previsto para el bautismo. Queda menos de una semana para la fecha fijada y el matrimonio tiene que hablar con el párroco para notificarle que deben suspender el bautismo y la primera comunión de Luis. Quizá deban aceptar humildemente la situación y esperar que, en el futuro, las cosas cambien y el niño pueda recibir el bautismo.

Pero, pensándolo mejor, reflexionan sobre el hecho de que se embarcaron en esta difícil aventura porque intuían que Dios quería que Luis fuera hijo suyo, que ellos se sentían llamados a ser instrumentos para ello, que el niño quería bautizarse... Estaba claro que el niño tenía que recibir el bautismo, y las razones sobrenaturales para ello no podían pesar menos que las razones humanas que lo hacía imposible.

«Si Dios lo quiere, tiene que ser posible», se dijeron. De modo que, precisamente porque era imposible que Luis se bautizase, fueron a comprarle el traje nuevo para la celebración del bautismo y la primera comunión.

No sin dificultades y muchos sufrimientos, los padres adoptivos vieron cómo el imposible se hacía posible, y los problemas se resolvían justo en el último momento, de manera que Luis pudo recibir con alegría el sacramento que le convertía en hijo de Dios y, al día siguiente, participó por primera vez en la mesa eucarística y recibió al mismo Jesús en su corazón.

Ejemplo 3

El tercer ejemplo, también real, trata de Juana, una buena y piadosa mujer, que había ido a visitar a un pariente que estaba hospitalizado y, al salir, entró en la capilla del hospital para estar un rato en oración con Jesús. Al salir, se cruzó con el capellán, que le preguntó sobre el motivo de su visita y, poco a poco, entraron en una conversación en la que la mujer le confió al sacerdote la preocupación que tenía por su hijo, un joven de buen corazón, pero totalmente apartado de Dios y de la Iglesia, por cuya conversión rezaba todos los días, aunque sin ningún fruto.

-No se desanime -le contestó el capellán-. Dios no puede dejar de atender las oraciones de una madre. Me llamo Andrés y sepa que rezaré por su hijo con mucho interés.

Cuando la mujer se alejaba, el sacerdote tuvo clara conciencia de que la oración de aquella buena mujer respondía al deseo que tenía Dios de atraer al joven a su corazón. Eso era mucho más que la simple «conversión» que ella le pedía a Dios para su hijo. De modo que aceptó hacer suyo ese deseo de Dios y la profunda necesidad del muchacho.

Unos meses después, llaman al capellán desde el puesto de recepción:

-Don Andrés, tiene visita. Aquí hay una señora que pregunta por usted.

-Dígale que me espere ahí, en el *hall* de entrada, que voy enseguida.

El sacerdote interrumpió la ronda de visitas a los enfermos y se dirigió a la entrada del hospital. Al llegar al pasillo principal pudo ver, a lo lejos, a una mujer, que reconoció como la que le había hablado en la puerta de la capilla. Se detuvo en seco. Junto a ella estaba un joven con el que conversaba y que no podía ser otro que el hijo del que le había hablado.

A la distancia a la que se encontraban, él podía verlos, pero ellos no se habían apercebido de su presencia. El sacerdote decidió dar media vuelta y decirle a la recepcionista que dijese a los visitantes que le había surgido un contratiempo y no podía verlos. Se sentía molesto por lo que consideraba una encerrona, casi una traición. Aunque aquella madre se conformara con que su hijo volviese a una práctica religiosa normal, Dios había estado acariciando en su corazón la transformación profunda del corazón del joven y estaba decidido a que fuera santo. Veía con claridad la estrategia, tan femenina, de la madre: «Busco una excusa para ir al hospital y le pido a Raúl que me acompañe. Una vez allí, le digo que quiero saludar al capellán y éste, que sabe mi preocupación, ya se encargará de crear con mi hijo una relación que, con el tiempo, le permita ofrecerle la oportunidad de hacer una buena confesión y regularizar su vida de fe».

Ciertamente se trataba de un plan sencillo y fácil de realizar. Pero para el sacerdote era una verdadera guerra en la que la buena mujer le había metido sin siquiera pedirle opinión ni darle tiempo a prepararse. Porque ese encuentro informal, que iba a tener lugar en un instante, era la única ocasión que él tenía para hacer posible que Dios realizase un cambio tan radical del corazón del joven que lo impulsara apasionadamente hacia la santidad. Y eso tenía un precio, que él estaba dispuesto a pagar, pero no sin un mínimo tiempo para disponerse. Pero no le habían dado ese tiempo y tenía que elegir entre darse la vuelta y renunciar a su misión, al menos por el momento, o seguir adelante y jugárselo todo a una carta.

Además, para mayor complicación, quedaba menos de media hora para la misa que tenía que celebrar en la capilla. De modo que en ese tiempo tenía que hacer algo que sirviera de detonante a la gracia que el joven necesitaba para su conversión radical.

Don Andrés respiró hondo y se encaminó al encuentro de los visitantes. Hechas las presentaciones, invitó a madre e hijo a pasar a una pequeña sala de visitas donde pudieran charlar con tranquilidad. Se inició una conversación amigable, en la que el sacerdote se interesó por la vida y las actividades del joven que, aunque educado, claramente no estaba en la compañía que hubiera preferido. Pero, víctima también de la trampa de su madre, debía seguir allí.

El tiempo pasaba y se acercaba inexorable el fin de la entrevista, impuesto por la hora de la misa, mientras la conversación no pasaba de temas superficiales. Finalmente, ya puestos en pie todos para despedirse, el sacerdote tenía que llevar a cabo su misión, consistente en hacer un acto por el que pusiera de manifiesto inequívocamente su pobreza radical para ayudar verdaderamente al joven y la absoluta certeza de la poderosa acción de Dios. Hacía falta un acto muy simple, que conjugase la fe pura, la confianza absoluta y una total humildad. Con esta disposición, se dirigió al joven:

-Creo que debes plantearte seriamente que Dios te está buscando con mucho interés, y tu vida no tendrá verdadero sentido hasta que no te encuentres con él y le dejes entrar en tu vida para que la ordene según su voluntad.

El desconcierto, la incredulidad y cierta indignación se asomó al rostro del joven, que no dijo nada por educación y porque, afortunadamente, se estaban despidiendo y no volvería a ver a aquel cura impertinente. Se despidieron amablemente y don Andrés se dirigió a la capilla, aceptando interiormente el ridículo que había hecho ante el joven, el fracaso de su misión y el obstáculo que había puesto a la gracia; a la vez que recuperaba el

ardor por una conversión que él había hecho imposible y, por tanto, necesitada absolutamente de la acción extraordinaria de Dios.

Al cabo de unos días se encontró el sacerdote a Juana en la capilla. Él, que vivía colgado de la gracia que esperaba para su hijo, se acercó a preguntarle sobre el resultado del encuentro que habían tenido.

-No se puede imaginar la que me ha liado. Se enfadó muchísimo, culpándome de haberle contado a usted un montón de cosas tuyas que no le importaban. Yo le dije que no le había contado nada; que no sabía por qué le había dicho aquellas cosas. Pero él no me hacía caso, y siguió diciendo que quién se había creído que era aquel cura para juzgarlo a él y meterse en su vida... Después de eso sigue todavía enfadado conmigo y apenas me habla.

Era evidente el fracaso de la intervención del sacerdote y la imposibilidad del cambio que él esperaba en el joven. Don Pablo sintió como propio el dolor de la madre, pero se dispuso a acoger el milagro que *Dios tenía que realizar*. No se había llegado hasta allí para nada, y él había hecho su parte. Ahora sólo quedaba esperar que Dios hiciera la suya.

Animó a la madre a seguir rezando y a no perder la esperanza y se marchó, convencido de que cuánto más imposible es algo más propio de Dios es realizarlo.

Durante unas semanas no tuvo noticias del joven, pero poco tiempo después se enteró de que había hecho una fervorosa confesión y estaba yendo a misa todos los días. Y eso no era lo más importante, sino la parte visible de una transformación interior, de gran calado, por la que Dios había transformado completamente el corazón de este joven al que hacía tiempo que estaba buscando.

Ejemplo 4: un modelo evangélico

Para poder entender lo que sucede en estos casos, o en otros semejantes, hemos de ir al Evangelio, que nos ofrece pistas muy claras sobre el modo que tiene Jesús de actuar a través de nuestra

fe. Y el mejor modelo de este proceso lo encontramos en el milagro de la transformación del agua en vino en las bodas de Caná de Galilea (Jn 2,1-11).

Hemos de recordar aquí lo dicho en el apartado 5 («Un modelo de intercesión») del retiro sobre [La intercesión como misión del contemplativo](#), que convendría releer en este momento.

Estamos, quizá, ante el milagro de Jesús en el que mejor se puede ver la relación que existe entre nuestra fe y la acción del Señor, por lo que deberíamos meditarlo como «plantilla» que explica lo que sucede en los ejemplos anteriores. Este acontecimiento es extraordinariamente importante para entrar en la contemplación de la relación que existe entre fe y milagro, como base para lo que podríamos llamar el «apostolado genuino de los contemplativos».

En el citado retiro sobre la intercesión veíamos cómo, en el acontecimiento de Caná, se dan en el creyente -en este caso en María- los elementos fundamentales que encontrábamos en los ejemplos anteriormente propuestos:

- Existe un problema real, que es la falta de vino, que va a arruinar la boda.
- María se da cuenta del problema. Es la única que capta el problema en su dimensión más verdadera y profunda.
- Sabe que la presencia allí de Jesús, y de ella misma, no es casualidad porque existe un plan de Dios para cada situación.
- María es consciente de que, en cualquier situación en la que se encuentre, su misión es ser instrumento de gracia y colaboradora eficaz de la acción de Jesús. Acepta la misión de ver y hacer suyo el problema.
- Sabe, además, que tiene que poner la fe y el amor necesarios para unir la necesidad humana y el poder salvador de su Hijo.
- María hace el acto de fe confiada con una frase («no tienen vino») que manifiesta a Jesús la sintonía en el conocimiento del problema y en su solución, ofreciéndose como instrumento de

gracia; por eso no necesita informarle del problema ni pedirle que lo resuelva (todo eso está implícito).

- Después del acto de fe, Jesús mismo pone a prueba esa fe, diciéndole a su madre: «No es asunto nuestro, y, además, todavía no ha llegado el momento de mi manifestación pública».
- María acepta la prueba de la fe y hace un segundo acto de fe que consiste en el gesto audaz que da por supuesto el milagro, asumiendo el riesgo de quedar en ridículo. Así, se dirige a los criados, diciéndoles: «Haced lo que él os diga».
- Finalmente se produce el milagro que Jesús quería hacer, pero no sin la fe probada y en acto de María.

Al final de este proceso descubrimos que la verdadera historia del milagro de Caná está oculta detrás de lo exterior, y contiene una relación muy concreta de fe y comunión de María con Jesús, que es necesaria para que se produzca el milagro.

2. La intercesión en los evangelios y en los santos

En este primer momento del retiro deberíamos contemplar al Señor realizando la transformación extraordinaria del agua en vino a través de la mediación de María, identificando los elementos anteriores en el acontecimiento evangélico.

Para comprender mejor este proceso puede ayudarnos el comparar el milagro de Caná con su antítesis, que es la actitud de los apóstoles en la multiplicación de los panes y los peces, de la que tratamos ya en el apartado 6 («Un modelo de falta de fe») del retiro sobre [La intercesión como misión del contemplativo](#).

Es impresionante la afirmación del Evangelio de que Jesús no puede hacer milagros en Nazaret por su falta de fe (Mt 13,58). Y, sin embargo, hace el milagro de calmar la tempestad a pesar de la falta de fe de sus discípulos, precisamente porque está en juego su fe (cf. Mc 6,45-52).

También podemos comparar la actitud de María en Caná con otras figuras del Evangelio que reciben milagros de Jesús:

- El centurión romano que espera confiadamente la curación de su criado y le pide a Jesús que no vaya a curarlo personalmente porque «no es digno de que entre en su casa» (Lc 7,1-10).
- La hemorroísa que no se atreve a pedir la curación a Jesús y se arriesga en el acto de fe de tocarle el borde del manto (Mc 5,24-34).
- La mujer pagana que pide a Jesús la curación de su hija y acepta que éste pruebe su fe diciéndole que «no está bien echar el pan de los hijos a los perros» (Mc 7,24-30).
- El milagro que permite que Pedro camine sobre las aguas después de que se ha lanzado a ellas fiado de Jesús; y cómo se hunde cuando abandona la actitud inicial de fe confiada (Mt 14,28-33). Aquí podemos ver lo que sucede cuando no mantenemos la fidelidad al salto en fe. Al igual que sucede en la multiplicación de los panes y la tempestad calmada, son los más cercanos a Jesús los que están más lejos del modelo de apostolado de María en Caná; y los que teóricamente son más lejanos -los paganos- son los que realizan el acto de fe que hace posible el milagro.

A partir de estos pasajes evangélicos, y sirviéndonos de los ejemplos de la actualidad propuestos al principio, ya podemos ir encontrando las claves que nos permiten intuir cómo se desarrolla, en la práctica, el proceso de la acción de Dios en el mundo a través de la fe de los creyentes.

Puede ayudarnos en este sentido considerar el modo en que aparecen estos elementos en la mayoría de las acciones, más o menos extraordinarias, que son propias de los santos. Especialmente, merece la pena destacar el ejemplo que nos ofrece santa Teresa del Niño Jesús, que se entregó a la intercesión por un asesino condenado a muerte¹, que ni se arrepintió ni quiso ponerse a bien con Dios en ningún momento. La joven carmelita

mantuvo hasta el final la apuesta de la fe y buscó afanosamente alguna «prueba» de la salvación del condenado.

Oí hablar de un gran criminal que acababa de ser condenado a muerte por unos crímenes horribles. Todo hacía pensar que moriría impenitente. Yo quise evitar a toda costa que cayese en el infierno, y para conseguirlo empleé todos los medios imaginables.

Sabiendo que por mí misma no podía nada, ofrecí a Dios todos los méritos infinitos de Nuestro Señor y los tesoros de la santa Iglesia; y por último, le pedí a Celina que encargase una Misa por mis intenciones, no atreviéndome a encargarla yo misma por miedo a verme obligada a confesar que era por Pranzini, el gran criminal.

Tampoco quería decírselo a Celina, pero me hizo tan tiernas y tan apremiantes preguntas, que acabé por confiarle mi secreto. Lejos de burlarse de mí, me pidió que la dejara ayudarme a convertir a mi pecador. Yo acepté, agradecida, pues hubiese querido que todas las criaturas se unieran a mí para implorar gracia para el culpable.

En el fondo de mi corazón yo tenía la plena seguridad de que nuestros deseos serían escuchados. Pero para animarme a seguir rezando por los pecadores, le dije a Dios que estaba completamente segura de que perdonaría al pobre infeliz de Pranzini, y que lo creería aunque no se confesase ni diese muestra alguna de arrepentimiento, tanta confianza tenía en la misericordia infinita de Jesús; pero que, simplemente para mi consuelo, le pedía tan sólo «una señal» de arrepentimiento...

Mi oración fue escuchada al pie de la letra. A pesar de que papá nos había prohibido leer periódicos, no creí desobedecerle leyendo los pasajes que hablaban de Pranzini. Al día siguiente de su ejecución, cayó en mis manos el periódico «La Croix». Lo abrí apresuradamente, ¿y qué fue lo que vi...? Las lágrimas traicionaron mi emoción y tuve que esconderme... Pranzini no se había confesado, había subido al cadalso, y se disponía a meter la cabeza en el lúgubre agujero, cuando de repente, tocado por una súbita inspiración, se volvió, cogió el crucifijo que le presentaba el sacerdote ¡y besó por tres veces sus llagas sagradas...! Después su alma voló a recibir la sentencia misericordiosa de Aquel que dijo que habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta que por los noventa y nueve justos que no necesitan convertirse...

Había obtenido «la señal» pedida, y esta señal era la fiel reproducción de las gracias que Jesús me había concedido para inclinarme a rezar por los pecadores. ¿No se había despertado en mi corazón la sed de

almas precisamente ante las llagas de Jesús, al ver gotear su sangre divina? Yo quería darles a beber esa sangre inmaculada que los purificaría de sus manchas, ¡¡¡y los labios de «mi primer hijo» fueron a posarse precisamente sobre esas llagas sagradas...!!! ¡Qué respuesta de inefable dulzura...!

A partir de esta gracia sin igual, mi deseo de salvar almas fue creciendo de día en día. Me parecía oír a Jesús decirme como a la Samaritana: «¡Dame de beber!» (*Manuscrito A*, 45v^o-46v^o)

Teresa no pide un signo porque dude de que Dios quiere concederle lo que pide, sino como confirmación de una misión a la que va a dedicar su vida. Al ver el fruto de su apostolado de intercesión en este «primer hijo», sin duda muy difícil, pudo confirmar su «deseo de salvar almas» por este camino, una misión que continuará en el cielo².

Todo esto nos dice que el modo de actuar del Señor en la actualidad sigue el mismo patrón que encontramos ya en el Evangelio, especialmente en el milagro de Caná de Galilea, y nos muestra a lo que Dios nos llama y que nos ha puesto en el lugar concreto del mundo en que vivimos para hacer posible lo imposible, siguiendo los pasos de María, sin reducir nuestro apostolado a lo que podemos hacer con nuestras fuerzas o conformándonos con desgranar unas oraciones por unas necesidades que no hacemos nuestras.

3. El apostolado de la intercesión

Toda la Iglesia es esencialmente apostólica. Los apóstoles continúan la misma misión de Cristo, que vino para que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad (cf. 1Tim 2,4).

Id al mundo entero y proclamad el Evangelio a toda la creación. El que crea y sea bautizado se salvará; el que no crea será condenado (Mc 16,15-16).

En la tarea apostólica se juega la salvación de la humanidad. Pero no podemos olvidar que la misión que corresponde inicialmente a los doce apóstoles es la misma misión de Jesús -el

Apóstol por excelencia-, y también es la misión que tiene la Iglesia en su conjunto y cada uno de sus miembros. De modo que debemos hacer nuestra esa llamada de Jesús, que nos dice: «Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo» (Jn 20,21; cf. Jn 17,18).

Esta misión nos afecta a todos los cristianos, por lo que no excluye ni siquiera a los monjes. De hecho, la patrona de las misiones es santa Teresa del Niño Jesús, una monja contemplativa que jamás salió de su monasterio. Y, con mayor razón, no puede sentirse excluido de esa misión el contemplativo que vive en el mundo.

Recordemos en este sentido lo que aparece en los *Fundamentos para vivir contemplativamente en el mundo*, en los apartados «[Una misión eficaz](#)» **3**, «[Oración eficaz](#)» **4**, «[Intercesión](#)» **5** y «[La intercesión con Cristo](#)»**6**.

El apostolado, que es esencial en la vida cristiana, no consiste en un modo de proselitismo, que intenta «convencer» a los demás de unas ideas o valores. El modelo de apostolado para todo cristiano es la comunidad apostólica: los doce apóstoles tienen una experiencia viva de Cristo resucitado, y con el impulso del Espíritu Santo se lanzan a comunicar a todos esa experiencia.

Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros propios ojos, lo que contemplamos y palparamos nuestras manos acerca del Verbo de la vida; pues la Vida se hizo visible, y nosotros hemos visto, damos testimonio y os anunciamos la vida eterna que estaba junto al Padre y se nos manifestó. Eso que hemos visto y oído os lo anunciamos, para que estéis en comunión con nosotros y nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo Jesucristo (1Jn 1,1-3).

San Pablo, el gran apóstol de la Iglesia primera, comienza su misión a partir de su encuentro personal con Jesús, y se entregará incansablemente a ofrecer al mundo entero ese mismo encuentro que cambió su vida y le permitió conocer a Cristo y recibir su salvación. Pero esto no lo realiza por medio de la persuasión

retórica o propagandística, cuyo fracaso experimentó en el Areópago (cf. Hch 17,16-33), sino con el poder de Dios.

Yo me presenté a vosotros débil y temblando de miedo; mi palabra y mi predicación no fue con persuasiva sabiduría humana, sino en la manifestación y el poder del Espíritu, para que vuestra fe no se apoye en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios (1Co 2,3-5).

Todo lo puedo en aquel que me conforta (Flp 4,13).

Así que muy a gusto me glorío de mis debilidades, para que resida en mí la fuerza de Cristo... Porque cuando soy débil, entonces soy fuerte (2Co 12,9-10).

Para el contemplativo en el mundo, uno de sus instrumentos fundamentales de apostolado, y quizá el más específico, es la **intercesión**. Por este motivo, el Señor le pide lo mismo que a los apóstoles: que le conozca a él, que comparta su vida, que se identifique con él; de ahí surge la fe en él para realizar grandes obras por medio de la oración.

Jesús subió al monte, llamó a los que quiso y se fueron con él. E instituyó doce para que estuvieran con él y para enviarlos a predicar, y que tuvieran autoridad para expulsar a los demonios (Mc 3,13-15).

No sois vosotros los que me habéis elegido, soy yo quien os he elegido y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto permanezca. De modo que lo que pidáis al Padre en mi nombre os lo dé (Jn 15,16).

Con esto recibe gloria mi Padre, con que deis fruto abundante (Jn 15,8).

Dios quiere hacer maravillas en nosotros y por medio de nosotros. Una tarea en la que coinciden la salvación de los hombres y la gloria del Padre, pero que precisa la fe. Sin la fe no hay fruto de gloria de Dios y salvación de los hombres.

En verdad, en verdad os digo: el que cree en mí, también él hará las obras que yo hago, y aún mayores, porque yo me voy al Padre. Y lo que pidáis en mi nombre, yo lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo (Jn 14,12-13).

Los discípulos se acercaron a Jesús y le preguntaron aparte: «¿Y por qué no pudimos echarlo nosotros?». Les contestó: «Por vuestra poca fe. En verdad os digo que, si tuvierais fe como un grano de mostaza, le

dirfais a aquel monte: “Trasládate desde ahí hasta aquí”, y se trasladaría. Nada os sería imposible» (Mt 17,19-20).

Pero con frecuencia recortamos las expectativas de lo que Dios puede realizar en nuestra vida y en la de los demás. Preferimos aspirar a los mínimos porque son más controlables y no corremos el riesgo de quedar defraudados. Pero Dios aspira a lo máximo, y nos dice: «Si tuvierais un poco de fe auténtica, haríais maravillas».

Desgraciadamente, una simple mirada a nuestro alrededor nos descubre que para la mayoría de los cristianos la fe no pasa de ser el convencimiento, más bien teórico, de la verdad de una doctrina, y la aceptación de los compromisos y la moral que se desprenden de esa doctrina. Y, la mayoría de las veces, esto se vive sin demasiada radicalidad.

Por esa razón la fe no llega a empapar realmente la vida de los creyentes en todos sus ámbitos. Y ése es el caldo de cultivo del que salen también los religiosos y los sacerdotes. Por eso, las vocaciones consagradas aparecen marcadas, de inicio, por esa visión recortada de la vida cristiana, que es el fruto de una falta de fe verdadera. Y sin esa fe viva, la intercesión es imposible y, como consecuencia, no se puede pretender la efusión de la gracia que es el fruto propio de la intercesión y del apostolado contemplativo, con lo que esto supone de grandísimo perjuicio para la salvación para muchos.

Pedís y no recibís, porque pedís mal, con la intención de satisfacer vuestras pasiones (St 4,3).

Muchas de nuestras peticiones tienen el tono, y a veces el contenido, del que no tiene fe. Por eso es necesario reavivar la fe antes de entrar en el apostolado contemplativo, tal como proponíamos en el retiro sobre [El realismo de la fe](#).

4. El proceso de la intercesión

Frente a esta situación, el milagro de Jesús en Caná nos ofrece una perspectiva clara y detallada del proceso de la intercesión, y nos permite estudiar dicho proceso para ver cómo aplicarlo a nuestra vida, tal como hemos visto en los ejemplos que hemos

ofrecido antes y en los textos evangélicos arriba mencionados. Veamos dicho proceso paso a paso.

1. Tensión permanente de fe

En principio, hemos de partir del hecho de que el creyente -y desde luego, el contemplativo- vive habitualmente en la permanente tensión de fe que se desprende de la visión sobrenatural que tiene de la realidad. Eso se percibe en su sensibilidad para captar la necesidad de gracia que tienen las personas que le rodean y el deseo de Dios de hacerles llegar la salvación que necesitan. A partir de esa visión, el contemplativo puede responder a su ansia de llevar la salvación a todos uniendo, por medio de una fe viva y ardiente, las necesidades humanas que percibe y la gracia del Señor que quiere hacerse presente en esas personas y sus necesidades. Esta actitud se nota en el tono que caracteriza la vida del contemplativo, marcado por la pobreza interior, la confianza absoluta y el abandono en las manos de Dios, el silencio, la escucha y la docilidad a su palabra, la ferviente esperanza en su acción y el sentimiento de responsabilidad ante la necesidad de salvación que tiene el mundo. Cuando la Virgen acude a Caná, todo esto ya está a punto.

- La capacidad y sensibilidad para captar las necesidades humanas y la voluntad de Dios sobre las personas depende, en gran medida, del nivel de nuestra fe y de la libertad que proporciona la gracia. El santo -es decir, el contemplativo- descubre muchas más necesidades, se siente libre de las ataduras que condicionan su intercesión y capta fácilmente lo que Dios quiere hacer en cada caso concreto. Los que no son contemplativos carecen de esta visión y, por eso, no pueden interceder eficazmente. Esto se demuestra claramente en la imposibilidad real que se suele tener para interceder por los enemigos...
- En ocasiones el primer paso para hacer posible el salto de la fe lo da el Señor. Esto lo hace mediante la gracia que nos muestra claramente una determinada necesidad que él quiere resolver

y en lo que quiere que participemos. Aquí podemos hablar de un **primer milagro**, que otorga la percepción de una realidad que está oculta y que suscita la fe del individuo, y que hará posible luego el salto de fe que permita la acción extraordinaria de Dios. María ve más allá de la falta de vino y percibe el deseo de Dios de que se manifieste su gloria y se abra paso la salvación.

-Pero sin llegar a este tipo de gracias, el contemplativo ha recibido el don de ese primer milagro en la gracia de su encuentro personal con el Señor, como dice san Pablo: «Tenemos la mente de Cristo» (1Co 2,16). A partir de ahí, Jesús hace posible una nueva relación con él, en la que resulta normal nuestro salto de fe que le permite actuar a él.

2. Una necesidad real

Teniendo en cuenta lo anterior, el primer elemento objetivo con el que nos encontramos es una situación de dificultad o un problema concreto.

3. Visión del problema

Inmediatamente surge la visión sobrenatural del asunto. El creyente es el único que percibe el problema, o, al menos, el que lo percibe en su verdadera dimensión, porque lo ve con mirada evangélica, descubriendo en el acontecimiento la presencia de Dios, su voluntad y su providencia. Así lo hace la Virgen. Por eso, lo primero que debemos plantearnos siempre es qué quiere Dios, en lugar de dedicarnos, como solemos hacer, a buscar culpables, a lamentarnos por las dificultades o a intentar evadirnos de ellas.

-Es muy importante tener en cuenta que el tipo de «apostolado» del que hablamos sólo se puede realizar desde la visión profunda de fe, cuando se sabe claramente la voluntad del Señor. Por eso se necesita una gran sintonía interior con él; una sintonía que hay que desear, pedir y recibir, porque es un fruto del «corazón nuevo» (Ez 36,26), que tiene los «mismos sentimientos de Cristo Jesús» (Flp 2,5). Sólo se le puede «exigir» al Señor el milagro cuando le pedimos lo que él quiere.

En verdad, en verdad os digo: si pedís algo al Padre en mi nombre, os lo dará (Jn 16,23; cf. 15,16)

-Intentar aplicar esta «eficacia» a algo que no es claramente voluntad de Dios supone caer gravemente en el pecado de presunción, porque supone manipular la gracia y tratar a Dios como una máquina expendedora de favores a nuestra disposición.

4. Imposibilidad de resolver el problema

El contemplativo es plenamente consciente de que la solución al problema que descubre resulta imposible en lo humano; y lo acepta con serenidad, sin desconcertarse. Si se puede resolver humanamente, hay que hacerlo por ese camino. La intercesión no es una forma de ahorrarnos nuestro esfuerzo.

5. Visión sobrenatural

La visión del problema y de la voluntad de Dios lo vive como un don recibido que le impulsa a un compromiso personal que debe tomar forma en una misión concreta. No se trata de algo excepcional, porque el contemplativo busca siempre y en todas las cosas la presencia y la voluntad de Dios. De esta visión surge la misión, que es la consecuencia de ver con los ojos de Dios el imposible que él quiere realizar contando conmigo. Es muy significativo que, a veces, tomamos la opción contraria: preferimos no mirar para no complicarnos la vida.

-Esta capacidad del contemplativo es un don que Dios le concede en respuesta a su fe. Recibe la luz de Dios para tener esa mirada. Por eso mismo la mayor tentación que tiene el contemplativo, sobre todo si vive en el mundo, es la del iluminismo. Éste surge cuando el creyente descubre el potencial de la gracia que se le ofrece, pero no está dispuesto a abrazar el precio que esa gracia exige, de modo que potencia exageradamente la parte más superficial de la acción de esa gracia para enmascarar la falta de las acciones reales a las que lleva dicha gracia. Lo superficial lo controlamos, es más fácil,

más satisfactorio. Pero no queremos participar del sufrimiento de Cristo.

-Esta tentación lleva a valorar sólo lo espiritual y lo subjetivo, despreciando lo objetivo (lo material, la acción, etc.), convirtiéndolo en el único valor importante, lo que le permite al sujeto sentirse por encima de juicios y opiniones objetivos, incluso de la misma Iglesia.

-Se trata de una tentación que, no sólo nos aleja de Dios, sino que lleva a oponerse a él y al Evangelio, porque la encarnación del Verbo une para siempre lo material y lo espiritual, lo humano y lo divino.

En esto podréis conocer el Espíritu de Dios: todo espíritu que confiesa a Jesucristo venido en carne es de Dios; y todo espíritu que no confiesa a Jesús no es de Dios: es del Anticristo (1Jn 4,2-3).

-La prueba de la importancia y gravedad de esta tentación la vemos en lo extendida que está, desde los primeros momentos de la historia de la Iglesia hasta nuestros días. No otra cosa es el «gnosticismo», que consiste fundamentalmente en dissociar la fe de la vida real, dando por verdadero sólo lo que entra en la «experiencia» interna y subjetiva del individuo, buscando un conocimiento reservado a unos pocos, que otorga la salvación al margen de lo que vivamos.

-El relativismo y el subjetivismo, con el que nuestro mundo nos presiona, hacen que resulte muy fácil caer en el iluminismo, de modo que, al reducir la verdad a lo que sentimos o creemos internamente, eliminamos la posibilidad de un contraste externo que garantice que nuestra subjetividad concuerda con la verdad y el bien objetivos.

-Esto tiene en la actualidad múltiples caras, como la identificación de la fe con la experiencia mística, del tipo que sea; la valoración de dicha experiencia al margen de la única referencia que debe darle sentido, que es Cristo; el iluminismo, que valora sólo lo espiritual para deshacerse de cualquier exigencia constatable en la realidad; la relativización de la

palabra de Dios y su reducción a una mera sabiduría como tantas otras; el desprecio por toda institución o mediación religiosa; y la búsqueda de los caminos místicos orientales en detrimento de los caminos de los santos y místicos cristianos.

-En este punto, hemos de afirmar claramente que la «calidad» de la vida espiritual no se mide por las efusiones y gracias interiores, sino por la autenticidad evangélica de la vida real, que se demuestra en la autenticidad de la misión, las tareas, las relaciones personales, etc. Y uno de los mejores indicadores de la vida espiritual es el apostolado, tanto el común a todo cristiano, como el testimonio, la catequesis o la parroquia, como el específico de la vida contemplativa, que se basa en la intercesión. Si la oración no tiene una proyección concreta en la vida, que suponga tiempo, esfuerzo, dedicación y sufrimiento reales hay que sospechar que el sujeto camina por la vía del iluminismo, que impide realizar el verdadero acto de fe y su fruto.

-La Iglesia y el mundo no necesitan especialmente personas dedicadas a la oración, sino personas que, a través de la oración, se transformen en Cristo y transformen el mundo, como testigos e instrumentos de Dios y su poder.

6. El instrumento de Dios

En medio de las dificultades que encuentra en la vida, el creyente se ve a sí mismo como instrumento providencial de la acción de Dios.

7. La misión

Acepta la misión que se le encomienda, que supone hacer suyo los problemas que Dios le muestra y ser responsable de su solución.

8. Conciencia de pobreza

El creyente reconoce su pobreza radical e incapacidad para hacer algo verdaderamente eficaz en el orden sobrenatural.

9. Renuncia a la eficacia humana

Renuncia a cualquier forma de eficacia humana para que Dios sea el único que actúe. Esto está muy lejos de pedirle ayuda a Dios para que nos ayude a nuestra obra, a nuestra solución del problema; se trata de unirnos, en la medida que Dios quiera, a su acción y su solución.

10. Fe mantenida

Se sitúa en la actitud de fe, consistente en mantener la mirada de fe que exige todo lo anterior y en proyectarla hacia el futuro, acogiendo interiormente el milagro que se va a realizar y disponiéndose a recibir el fruto del poder de Dios.

11. Dejar a Dios ser Dios

Renuncia a «informar» a Dios del asunto o problema en cuestión, como si Dios fuera un ignorante, así como a «solicitarle ayuda» para quien la necesita, como si no fuera bueno y necesitase que le convenciéramos de que haga el bien. Es la actitud de quien se coloca ante Dios en la oración, acepta la situación y descubre en concreto para qué cuenta él. Ésa es la tarea de la oración en la intercesión. Si nos aburre la oración, es porque no hacemos esta tarea.

12. Acto de fe

Hace el acto concreto por el que se expresa materialmente todo lo anterior: acepta la imposibilidad humana de resolver el asunto, manifiesta la propia incapacidad, actúa como si la acción de Dios se hubiera realizado y recibe el milagro.

- Normalmente, Dios no nos manifiesta cómo debe ser este acto de fe, sino que tenemos que inventarlo, precisamente para que pueda ser un acto plenamente nuestro y de pura fe.
- Esta necesidad de un acto concreto la podemos ver en el hecho de que, para Jesús, la fe está unida a las obras, especialmente al amor. Eso es algo que aparece muy claro en todo el Evangelio, a través de las palabras y acciones del Señor.

- Y en el mismo sentido encontramos numerosas referencias neotestamentarias, como las que se refieren a la imposibilidad de la fe sin obras (St 2,14) o las de san Pablo, que nos dice que en Cristo ni vale la circuncisión ni vale el prepucio, sino la fe, que actúa por la caridad (Gal 5,6; cf. 4,15), de modo que «si tuviere tanta fe que trasladase los montes, si no tengo caridad, no soy nada» (1Co 13,2).
- Está claro que lo que demuestra que la fe es verdadera es el amor, y lo que demuestra que el amor es auténtico es la fe que lo sustenta. Son dos realidades inseparables, que se necesitan mutuamente para mantenerse vivas.
- Existen unas palabras de Jesús que resultan muy interesantes en este asunto de la relación entre fe y obras. En Jn 6 vemos que Jesús se escapa de la multitud que le busca para hacerlo rey después de la multiplicación de los panes y los peces. Cuando lo encuentran, él les reprocha que no lo buscan porque tengan fe, sino porque han visto en él un medio para saciar fácilmente el hambre física, pero deben buscar el alimento verdadero, que es el que perdura hasta la vida eterna, y que él dará a los que crean. Y «ellos le preguntaron: “Y ¿qué tenemos que hacer para realizar las obras de Dios?”. Respondió Jesús: “La obra que Dios quiere es que creáis en el que él ha enviado”» (Jn 6,28s).
- Esto nos muestra la fe como «obra», lo que nos permite aventurar que hay una obra propia de la fe, o, dicho de otra manera, que existe un modo de creer que podríamos definir como «fe en acto». Lo que no invalida la necesidad del amor para respaldar la autenticidad de la fe, pero que va más allá. Buscamos un acto que sea principalmente un acto de fe y que tenga la eficacia propia de la fe. Y en nuestra búsqueda nos encontramos con la acción más propia de la fe, que tiene que ser «acto»: algo real, concreto y constatable, no meramente subjetivo y reducido a la intención o el sentimiento.

- Aquí corremos el riesgo de pensar que el mejor acto de fe es un acto de amor, identificando ambas realidades. Pero, aunque la fe y el amor están muy relacionados, es muy importante que distingamos los actos propios de cada ámbito. En el caso de María en Caná, el acto de fe se concreta en sus palabras a Jesús. Evidentemente ese acto está muy unido a su amor por los novios y su deseo de ayudarles, pero se trata de realidades que, estando unidas, no se identifican; aunque, como sucede normalmente, el mismo acto de fe sea expresión del mayor amor.
- Teniendo en cuenta todo esto, y manteniendo la autonomía del acto propio de la fe, podemos afirmar que fe y amor son dos realidades diferentes que deben marchar siempre unidas, y en la «obra de Dios», la fe más pura se identifica con el amor más generoso, dando lugar a un solo acto.

13. Aceptar las consecuencias

Abraza las consecuencias de ese acto de fe: riesgo, soledad, incompreensión..., y mantiene la fe en el fruto sobrenatural de la gracia.

14. Pagar el precio

Se dispone a pagar el «precio», por alto que sea. En el acto de fe nos jugamos mucho; o, más bien, nos lo jugamos todo porque, si fracasa ese acto de fe en lo sobrenatural, la vida del que lo hace ya no tiene sentido.

- Es de gran importancia tener en cuenta que la garantía de autenticidad de la fe está en el «precio» que ésta exige. El acto de fe comporta el precio de la propia vida. Si Jesús no hubiera realizado el milagro en Caná, la vida de María no hubiera tenido ya sentido... No se habría encontrado con un simple contratiempo y un malentendido con su hijo, sino con la evidencia de que su percepción interior era falsa, que lo que creía ser de Dios no lo era, que el fruto que sabía con total certeza que debía buscar era una fantasía... A partir de ahí, su fe carecería de sentido como el alma de su existencia. Tendría

que resignarse a vivir la fe como hacen la mayoría de los cristianos: como un conjunto de convicciones y compromisos religiosos y morales. Pero esto, para quien «vive de la fe»⁷ resulta peor que la pérdida de la misma o que la muerte.

-Y esto lo vemos también en los saltos de fe de Abraham o los santos. Pensemos, en este sentido, en la situación de Abraham con el sacrificio de su hijo (Gn 22,1-18), o los judíos ante el mar Rojo (Ex 14,10-14) o el Jordán (Jos 3,14-15).

15. Mantener la fe

El creyente mantiene permanentemente, pase lo que pase, su disposición de confianza y abandono. Si se encuentra con unas circunstancias que parecen contradecir su percepción sobrenatural, se sirve de esas mismas circunstancias para reiterar su acto de fe con un nuevo acto de una fe más purificada, que le permite integrar en ella su pobreza y su fracaso, a la vez que le ayudan a seguir apostando con fuerza por el poder de Dios.

16. Acoger el fruto

Finalmente, acoge el fruto de la acción de Dios con humildad y naturalidad, sabiendo que se trata de la acción normal que Dios realiza por medio de la miseria del instrumento humano.

.

El lugar de la oración en el proceso

En todo este proceso hay un aspecto que se echa en seguida en falta, que es la oración. Aquí no aparece en ningún sitio, mientras que en lo que entendemos normalmente por «intercesión» la oración lo es todo.

Para entenderlo hemos de volver a la «plantilla» del milagro de Caná. Allí no vemos a María ir a un lugar apartado a rezar largamente por los novios y por la solución de su problema. De haberlo hecho, probablemente se habría encontrado a su regreso con el desastre de la boda fracasada. Eso no quiere decir que, si hay tiempo y ocasión, no se acuda a la oración prolongada, o que el acto de fe no se realice durante la misma, si no se puede hacer

otra cosa que orar. Así le sucedió a Moisés cuando, demasiado anciano para capitanear al ejército, se quedó atrás orando por él (Ex 17,8-13). Moisés no podía luchar, pero sí interceder. Entonces el acto de fe de Moisés es la oración, y así gana la batalla. El acto de fe, cuando no se puede hacer otra cosa, es orar; pero la oración no es el recurso para evitar realizar el acto de fe.

En el acto de fe tiene una importancia decisiva la oración, pero ésta va más allá del recurso momentáneo al diálogo con Dios. Eso sería demasiado fácil para lo que está en juego. Tanto la actitud del creyente en la transformación a la que le invita Dios, como el mismo proceso exigen que todo esté absolutamente empapado de Dios, de su presencia y de su acción; lo que supone, no un tiempo de oración, sino una vida plenamente orante; no un acto aislado de fe, sino un acto de fe que resuma la fe de la que vive el creyente y de la que la oración es su primera expresión.

María, en Caná, no se retira a orar porque no ha dejado de hacerlo en ningún momento, y todo lo que acontece en la boda lo mira y lo vive en el clima de permanente intimidad con Dios que empapa toda su existencia.

5. La necesidad de la fe para que Jesús realice milagros

Finalmente, y como garantía de todo lo anterior, veamos cómo todo lo expuesto hasta aquí pertenece a la esencia del Evangelio, y se trata, por tanto, de algo real, que tiene que hacerse presente en la actualidad. Para ello basta con repasar los milagros que hizo Jesús, en los que la inmensa mayoría requieren de la fe para que se realicen.

De los 35 relatos de milagros que aparecen en los evangelios, 18 de ellos presentan un claro acto de fe de los beneficiarios o de sus acompañantes:

-Conversión del vino en Caná (Jn 2,1-11).

María ve la necesidad y la presenta, vence la dificultad y pone en marcha el milagro con un acto de fe: «Haced lo que él os diga».

-Curación del criado del centurión (Mt 8,5-13; Lc 7,1-10).

No necesita hablar directamente con Jesús, ni que acuda a su casa, basta con que Jesús lo diga. El Señor alaba su fe.

-Curación del hijo de funcionario real (Jn 4,46-54).

Ante el reproche del Señor de exigir signos para creer, este hombre hace el acto de fe de bajar a su casa fiado sólo en la palabra de Jesús.

-Curación de la hemorroísa (Mt 9,20-22; Mc 5,24-34; Lc 8,43-48).

Su acto de fe es sencillo y valiente: toca a Jesús. El Señor subraya que es la fe la que le ha salvado.

-Expulsión del demonio de la hija de la siriofenicia (Mt 15,21-28; Mc 7,24-30).

Esta mujer pagana supera la prueba de la fe e insiste con creciente humildad. Jesús alaba su fe y subraya la relación entre la fe y el milagro.

-Jesús hace que Pedro camine sobre las aguas (Mt 14,28-33).

Fiado en la palabra de Jesús, Pedro hace el acto de fe de empezar a caminar sobre el agua... pero no lo mantiene.

-La resurrección de Lázaro (Jn 11,1-44).

Marta y María proclaman su fe antes del milagro y permiten levantar la losa para que se produzca el milagro. El milagro no sólo suscita la fe, sino que desencadena la pasión.

-Pesca milagrosa antes de la resurrección (Lc 5,1-11).

El acto de fe es echar las redes cuando no tiene sentido, sólo fiados en la palabra de Jesús. El milagro suscita la fe.

-Pesca milagrosa después de la resurrección (Jn 21,3-14).

De nuevo echan las redes donde Jesús les dice después de una noche infructuosa. El milagro sirve para reconocer al Resucitado.

-Primera multiplicación de los panes (Mt 14,13-21; Mc 6,30-44; Lc 9,10-17; Jn 6,1-15).

El acto de fe de la multitud consiste en sentarse en aquel descampado a esperar a que Jesús los alimente. Contrasta con la falta de fe de los discípulos.

-Segunda multiplicación de los panes (Mt 15,32-39; Mc 8,1-10).

A pesar de la primera multiplicación, los discípulos siguen sin pensar en el milagro. La multitud de nuevo realiza su acto de fe esperando a que Jesús les alimente.

-Curación del paralítico de Cafarnaún (Mt 9,1-8; Mc 2,1-12; Lc 5,17-26).

Jesús «ve» la fe de los amigos del paralítico, que desmontan el tejado para ponerlo ante Jesús. Pero se encontrarán con un milagro mayor.

-Curación del ciego de Jericó (Mt 20,29-34; Mc 10,46-52; Lc 18,35-43).

El ciego manifiesta su fe pidiendo a gritos la salvación a pesar de que los discípulos lo creen inconveniente. Jesús subraya que le ha salvado su fe.

-Exorcismo del muchacho con un espíritu inmundo (Mt 17,14-27; Mc 9,14-29; Lc 9,37-43).

Ante la incapacidad de los discípulos de curar a su hijo por la falta de fe, el padre acude a Jesús y reconoce su fe débil, pero es capaz de pedir que Jesús se la aumente.

-Curación de los dos ciegos (Mt 9,27-31).

Los ciegos siguen a Jesús pidiendo a gritos la salvación y manifiestan con rotundidad su fe en el poder salvador de Jesús. El Señor manifiesta la relación entre el milagro y su fe.

-Curación de un leproso (Mt 8,1-4; Mc 1,40-45; Lc 5,12-16).

La petición del leproso subraya su fe en que Jesús puede curarlo.

-Curación del paralítico de la piscina de Betesda (Jn 5,2-18).

El paralítico renuncia al milagro que se consigue entrando el primero en la piscina y acepta que Jesús lo sane sólo con su palabra. Su acto de fe es tomar la camilla y empezar a andar.

-Curación del ciego de nacimiento (Jn 9,1-41).

El ciego de nacimiento acepta la orden de Jesús y va a lavarse a la piscina. Pero tendrá que aceptar la persecución por afirmar el milagro y alcanzará una fe más plena.

En otros 6 milagros aparece una clara petición que supone la fe de los beneficiarios:

-Resurrección de la hija de Jairo (Mt 9,18-19.23-26; Mc 5,21-24.35-43; Lc 8,40-42.49-56).

-Curación de los diez leprosos (Lc 17,11-19).

-Curación (exorcismo) del endemoniado ciego y mudo (Mt 12,22; Lc 11,14).

-Exorcismo del endemoniado mudo (Mt 9,32-33).

-Curación de un sordomudo (Mc 7,31-37)

-Curación del ciego de Betsaida (Mc 8,22-26).

Dentro de estos 24 milagros, algunos destacan la fe de los beneficiarios, en otros se subraya la necesidad de la fe, o vemos que Jesús pone a prueba la fe previa al milagro.

Sólo un milagro se puede considerar hecho a pesar de la falta de fe de los beneficiarios, que es la tempestad calmada (Mt 8,23-27; Mc 4,35-41; Lc 8,22-25). Y de los pocos que se llevan a cabo al margen de la fe de los beneficiarios, casi todos son realizados en circunstancias especiales, que explican la ausencia de la fe explícita de los beneficiarios.

Por último, también es necesario recordar los episodios en los que Jesús no realiza el milagro por la falta de fe:

-Los milagros de las tentaciones (Mt 4,1-11; Lc 4,1-13).

-Jesús no puede hacer milagros en Nazaret (Mt 13,54-58; Mc 6,1-6, Lc 4,16-30).

- Los judíos exigen signos (Mt 12,38-42; 16,1-4; Mc 8,11-12; Lc 11,16.29; cf. Jn 2,18; 6,30).
- El milagro que quieren hacer los zebedeos contra los samaritanos (Lc 9,51-52).
- Los milagros que espera Herodes (Lc 23,8-11).
- Le piden a Jesús que baje de la Cruz (Mt 27,39-43; Mc 15,29-32; Lc 23,35-37).

.

Para un estudio más detallado de este apartado sobre los milagros desde este punto de vista puede [descargarse este Pdf](#).

NOTAS

- 1** Se trata de Enrique Pranzini, que el año 1887, para cometer un robo, había asesinado a dos mujeres y a una niña. Cuando realiza este acto de intercesión, Teresa tiene catorce años.
- 2** «Yo quiero pasar mi cielo haciendo el bien en la tierra» (*Cuaderno Amarillo*, 17.7).
- 3** *Fundamentos*, VI,1.
- 4** *Fundamentos*, VI,2,A,d.
- 5** *Fundamentos*, VI,2,B.
- 6** *Fundamentos*, V,3,C,c.
- 7** Cf. Hab 2,4; Rm 1,17; Heb 10,38, y los comentarios a estos textos en las notas 1-4 del retiro [El realismo de la fe](#).